

22_federici_caza_de_brujas

Keywords

Caza de brujas, proletariado, Feminismo, Acumulación originaria, Control de la natalidad, Mercantilismo, Control reproductivo femenino, Supremacía masculina, Domesticación de las mujeres

Resumen condensado

La caza de brujas, a menudo pasada por alto en la historia del proletariado, es un fenómeno subestudiado globalmente. Las víctimas, en su mayoría mujeres campesinas, han sido desacreditadas, contribuyendo a su percepción como un tema menor. La misoginia en la investigación académica ha marginado a las víctimas, presentándolas como fracasos sociales. La conexión de la caza de brujas con eventos históricos clave, como la colonización y el surgimiento del capitalismo, es crucial. El movimiento feminista desafía la marginación de la caza de brujas, identificándose con las brujas como símbolo de la rebelión femenina. Historiadores marxistas, en su mayoría, han pasado por alto la caza de brujas, a pesar de sus dimensiones masivas y su contemporaneidad con eventos históricos significativos.

La caza de brujas, predominantemente dirigida a mujeres, se intensificó entre 1550 y 1650, siendo un crimen femenino. Cambios en los argumentos de persecución incluyeron debilidades morales y mentales, centrando las acusaciones en perversión sexual, infanticidio y prácticas anticonceptivas. La teoría de Margaret Murray sugiere que las acusadas practicaban antiguos cultos de fertilidad, resistidos por la Iglesia. Otra explicación destaca los crímenes reproductivos como consecuencia de la alta mortalidad infantil, pero se argumenta que la caza de brujas fue un intento de controlar la natalidad y aumentar la fuerza laboral, vinculándola a la acumulación originaria.

La marginación de las parteras y la persecución de brujas despojaron a las mujeres de su control sobre la reproducción, contribuyendo a la consolidación del control estatal sobre el cuerpo femenino. La figura de la bruja se extendía a mujeres libertinas y rebeldes, generando miedo y revelando una misoginia sin precedentes. La caza de brujas reflejó y amplificó las tendencias sociales, contribuyendo a la transformación de la imagen de la feminidad y justificando el control masculino sobre las mujeres.

La política sexual durante la caza de brujas reveló la transformación en la relación entre la bruja y el Diablo, destacando la supremacía masculina. La persecución retrató a las mujeres como sirvientes del Diablo, enfatizando la supremacía masculina. La falta de resistencia masculina revela una profunda

alienación psicológica, alimentada por la propaganda y el terror. La caza de brujas reprimió a las mujeres, desarticulando la protesta y dividiendo la sociedad. La persecución buscaba exorcizar la sexualidad femenina y preservar la autoridad masculina.

Contrario a Foucault, la explosión discursiva sobre el sexo en la caza de brujas no fue una excitación mutua, sino un instrumento de represión. La caza de brujas produjo la imagen de la "mujer pervertida", desafiando la perspectiva de Foucault sobre la sexualidad desde una óptica de género neutro.

Resumen del texto

La caza de brujas, a menudo ignorada en la historia del proletariado, es un fenómeno subestudiado a nivel mundial. En Europa, las víctimas, mayoritariamente mujeres campesinas, han sido descartadas y trivializadas en la historia, contribuyendo a su percepción como un tema menor o folklórico. Los estudiosos, mayormente hombres, han heredado la misoginia de los demonólogos del siglo XVI, retratando a las brujas como mujeres despreciables con alucinaciones. La persecución se interpreta como un proceso de "terapia social" que despolitiza los crímenes. La misoginia en la investigación académica ha desacreditado a las víctimas, presentándolas como fracasos sociales o pervertidas. Ejemplos, como los citados por Mary Daly, revelan cómo las brujas daban ventaja a sus perseguidores al confesar sus fantasías sexuales.

La percepción de estas mujeres como emocionalmente perturbadas refuerza la idea de su cohabitación con espíritus malignos. Aunque a menudo se pasa por alto, fue contemporánea a eventos históricos significativos, como la colonización del Nuevo Mundo y el surgimiento del capitalismo.

El movimiento feminista ha desafiado la marginación de la caza de brujas al identificarse con las brujas como símbolo de la rebelión femenina. Reconocen que la brutalidad hacia las mujeres durante dos siglos fue un desafío a las estructuras de poder y una etapa crucial en la historia de las mujeres en Europa. Este fenómeno se relaciona con la degradación social experimentada por las mujeres con la llegada del capitalismo, un aspecto crucial para comprender la persistente misoginia en las relaciones de género. A diferencia de las feministas, los historiadores marxistas, en su mayoría, han ignorado la caza de brujas, a pesar de sus dimensiones masivas y su contemporaneidad con eventos como la colonización, el surgimiento del capitalismo y la derrota histórica de los campesinos en Europa. La conexión con la acumulación originaria revela un aspecto secreto de este fenómeno.

La caza de brujas, la caza de mujeres y la acumulación del trabajo

La caza de brujas, especialmente intensa entre 1550 y 1650, se distingue por ser considerada un crimen

femenino, siendo más del 80% de las personas juzgadas y ejecutadas mujeres. La persecución incluyó acusaciones de adoración al Demonio en contextos políticos y religiosos, implicando incluso a figuras prominentes como el papa y Lutero. Se destacan cambios en los argumentos para justificar la persecución, como debilidades morales y mentales. A diferencia de las persecuciones a herejes, las brujas enfrentaron acusaciones centradas en perversión sexual, infanticidio y demonización de prácticas anticonceptivas. En el siglo XVII, las brujas fueron asociadas con conspirar para destruir la potencia generativa y practicar abortos. La antropóloga Margaret Murray propuso que la brujería fue una religión matrifocal, una explicación adoptada por ecofeministas y practicantes de la "Wicca", sugiriendo que las mujeres acusadas eran practicantes de antiguos cultos de fertilidad. Este cambio en la percepción de la transgresión religiosa y social como un crimen reproductivo destaca la redefinición de la brujería en comparación con la herejía.

La teoría propuesta por Margaret Murray sugiere que las mujeres acusadas de brujería eran practicantes de antiguos cultos de fertilidad, resistidos por la Iglesia debido a su origen pagano y amenaza al poder establecido. Factores como la presencia de comadronas entre las acusadas y el papel de las mujeres como curanderas respaldan esta perspectiva, pero no explica la secuencia temporal ni el cambio en la percepción de estos cultos. Otra explicación

destaca que los crímenes reproductivos en los juicios de brujería fueron consecuencia de altas tasas de mortalidad infantil en los siglos XVI y XVII debido a la pobreza y desnutrición. Sin embargo, esta explicación no aborda las acusaciones de evitar la concepción ni sitúa la caza de brujas en el contexto político y económico del siglo XVI. Se argumenta que la persecución de brujas podría haber sido un intento de criminalizar el control de la natalidad, poner el cuerpo femenino al servicio del aumento de la población y acumulación de fuerza laboral. La clase política de los siglos XVI y XVII, preocupada por la disminución de la población, promovió la caza de brujas como una estrategia para aumentar la riqueza nacional. Este periodo coincide con el auge del Mercantilismo y la formalización de la demografía como la primera "ciencia de estado". Las comadronas, tradicionales depositarias del conocimiento y control reproductivo femenino, fueron particularmente señaladas en esta persecución. La exclusión de los hombres de las habitaciones de parto y la marginalización de las parteras fueron estrategias para controlar y estandarizar la reproducción, evidenciando la importancia estratégica del control poblacional en ese contexto histórico.

La marginación de las parteras no fue simplemente una desprofesionalización femenina, sino una estrategia que socavó el control de las mujeres sobre la reproducción. Al igual que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos

de las mujeres, liberándolos para producir mano de obra sin obstáculos. La amenaza de la hoguera creó barreras significativas alrededor de los cuerpos femeninos, influyendo en su percepción de cualquier iniciativa anticonceptiva como una perversión demoníaca. La persecución de brujas destruyó los métodos tradicionales de control de la procreación de las mujeres, señalándolas como instrumentos diabólicos e institucionalizando el control estatal sobre el cuerpo femenino. Este proceso, analizado desde la perspectiva interna de las mujeres afectadas, revela cómo la caza de brujas impactó negativamente en la posición social de las mujeres y consolidó su subordinación a la reproducción de la fuerza de trabajo.

La figura de la bruja abarcaba no solo a la partera o la mujer que evitaba la maternidad, sino también a la mujer libertina y rebelde. En los juicios por brujería, la "mala reputación" era considerada prueba de culpabilidad, y la bruja era la mujer que desafiaba, discutía y no lloraba bajo tortura. Esta representación se vincula con la lucha contra el poder feudal, donde las mujeres, especialmente entre los campesinos, desafiaron la autoridad masculina y la Iglesia. La caza de brujas no se centraba solo en acusaciones específicas, sino que apuntaba a la mujer en general, generando miedo y revelando una misoginia sin precedentes. Las torturas y ejecuciones públicas eran herramientas para degradar, demonizar y destruir el poder social de las mujeres, al mismo tiempo que contribuían a

la forja de ideales burgueses de feminidad y domesticidad.

La caza de brujas reflejó y amplificó las tendencias sociales de la época. Hubo una continuidad entre las prácticas perseguidas durante la caza de brujas y las leyes contemporáneas que regulaban la vida familiar y las relaciones de género. En toda Europa occidental, las leyes introducidas durante este período castigaban con la muerte a las adúlteras, ilegalizaban la prostitución y los nacimientos fuera del matrimonio, y convertían el infanticidio en un crimen capital. Simultáneamente, las amistades femeninas fueron objeto de sospecha, al igual que las relaciones entre mujeres, que fueron demonizadas. Esto coincidió con la transformación del significado de la palabra "chisme" de "amigo" a un término despectivo, indicando la erosión del poder de las mujeres y los lazos comunales. A nivel ideológico, la imagen degradada de la mujer en la caza de brujas se alineó con las representaciones de la feminidad en los debates contemporáneos sobre la "naturaleza de los sexos", justificando el control masculino sobre las mujeres y la emergencia de un nuevo orden patriarcal.

La caza de brujas y la supremacía masculina: la domesticación de las mujeres

La política sexual durante la caza de brujas revela una transformación en la relación entre la bruja y

el Diablo, marcando un cambio en la imagen de este último. Contrario a la visión medieval y renacentista del Diablo como un ser subordinado, la caza de brujas estableció a la mujer como sirvienta, esclava y esposa del Diablo, quien se convirtió en su dueño, amo y marido. La caza de brujas enfatizó la supremacía masculina al retratar a las mujeres como serviles a un hombre incluso en su rebelión contra la ley humana y divina. Esta supremacía se expresó en la analogía matrimonial, presentando el pacto con el Diablo como un contrato matrimonial pervertido. La caza de brujas también incitó a los hombres a temer a las mujeres, pintándolas como destructoras del sexo masculino y atribuyéndoles poderes para castrar o dejar impotentes a los hombres.

Durante este periodo, la falta de resistencia masculina a la persecución revela una profunda alienación psicológica, alimentada por propaganda y terror. Aunque en una ocasión los pescadores vascos se opusieron a la caza de brujas, generalmente, los hombres no se unieron contra las atrocidades, posiblemente por temor a ser implicados. La propaganda misógina de la Iglesia exacerbó los miedos masculinos hacia las mujeres. La caza de brujas, al reprimir a las mujeres, desarticuló la protesta y dividió a la sociedad, impidiendo a los pobres desafiar la autoridad y reclamar la igualdad social. La figura de la bruja, acusada de afectar la potencia sexual de los hombres y provocar pasiones desenfrenadas, encarnaba la amenaza al orden social emergente. La persecución, mediante

tortura y ejecución, buscaba exorcizar la sexualidad femenina y preservar la autoridad y el control masculinos.

En contraposición a la idea de Foucault sobre la pastoral católica y la confesión, la explosión discursiva sobre el sexo en la caza de brujas reveló una realidad diferente. Las cámaras de tortura de la caza de brujas fueron escenarios donde las brujas eran forzadas a detallar sus experiencias sexuales, pero esto estaba lejos de ser una excitación mutua. Este discurso no fue una alternativa a la represión, sino su instrumento. La caza de brujas, ausente en la obra de Foucault, produjo la imagen de la "mujer pervertida", una representación destructiva que señala los límites de abordar la sexualidad desde una perspectiva indiferenciada de género.